

farolillo en la mano, pues deseaba examinar el rostro de la desconocida.

— ¡Hola! murmuró, tiene una careta... No importa, antes de que llegemos al castillo de Thierry se romperán esos cordones de seda... ó serán cortados.

CAPÍTULO XVIII

El viaje.

Emprendieron la marcha, y en el camino no cesó Aurilly de emplear para con Remigio el tono de la más absoluta igualdad, ni de tributar á Diana el más profundo respeto, pero á la perspicacia del leal criado no pudo escaparse el interés que encerraban aquellos miramientos guardados con su señora; porque en efecto, tener el estribo á una dama cuando monta á caballo ó se afea, velar sobre cada uno de sus movimientos con la mayor solicitud y no desperdiciar jamás una ocasión de recoger su guante ó de abrochar su capa, es el papel de un amante, de un criado ó de un curioso.

Al tocar el guante Aurilly veía la mano; al abro-

char la capa miraba por debajo de la careta; al tener el estribo acechaba la ocasión que le dejase entrever aquel rostro que el príncipe en sus recuerdos confusos no había reconocido, pero que él pensaba reconocer, contando con su fiel memoria. Sin embargo, el músico no había contado con la huésped, es decir, no había contado con que Remigio, celoso de aquellas atenciones, reclamaría sus derechos á servir exclusivamente á su señora.

La misma Diana, sin sospechar al parecer las causas de semejante atención, apoyó la demanda de aquel á quien Aurilly miraba como un criado viejo, y á quien por lo mismo quería aliviar de parte de su trabajo, y suplicó á Aurilly que dejara á Remigio desempeñar solo las funciones á que estaba acostumbrado.

Vióse, pues, reducido Aurilly á esperar las sombras de la noche y la lluvia durante sus largas jornadas, y desear las horas de comer cuando hacían alto en una posada. Sus esperanzas, no obstante, quedaron frustradas, porque ora lloviese, ora estuviese el cielo despejado, la careta continuaba, como siempre, ocultando el rostro de Diana, y en cuanto á las comidas, eran éstas servidas á la dama en un aposento separado; de modo que Aurilly llegó á comprender que si no conocía á la dama, ésta le conocía á él; así, pues, trató de observar por las cerraduras; pero la dama volvía constantemente la espalda á las puertas; quiso ver por las ventanas, pero siempre las hallaba tapadas con gruesas cortinas, y á falta de ellas, con las capas de los viajeros.

Preguntas, tentativas de corrupción, nada pudo

vencer la fidelidad de Remigio, el cual contestaba siempre que tal era la voluntad de su ama y por consiguiente la suya.

— ¿Pero se toman todas esas precauciones por mí solo? le preguntó Aurilly.

— Por todo el mundo.

— ¿Y por qué no se ocultaba cuando la vió el duque de Anjou?

— Fué una casualidad, una pura casualidad, respondió Remigio, y precisamente porque ha sido vista, á pesar suyo, por el duque de Anjou, toma sus precauciones para que nadie vuelva á verla.

Entretanto corrían los días y se aproximaba el término del viaje sin que Aurilly pudiera satisfacer su curiosidad, gracias á las precauciones de Remigio y de su ama.

Presentábase ya la Picardía á los ojos de los viajeros, y Aurilly, que hacia tres ó cuatro días ensayaba todos los medios, así la amabilidad como el enojo, así los cuidados tiernos como las amenazas, comenzaba á perder la paciencia, y los malos instintos de su natural carácter se iban apoderando poco á poco de su corazón. Hubiérase dicho que bajo el velo de aquella mujer comprendía y adivinaba algún fatal secreto.

Cierto día se quedó algo atrás con Remigio para renovar sus tentativas de seducción, que fueron rechazadas por Remigio, según costumbre.

— Preciso es, sin embargo, dijo Aurilly, que un día ú otro vea á tu ama.

— Sin duda, contestó Remigio, pero será el día que ella quiera, y no cuando se os antoje.

— ¿Y si empleara la fuerza? dijo Aurilly.

Los ojos de Remigio brillaron un momento como el relámpago, y se contentó con decir:

— ¡Haced la prueba!

Aurilly vió aquella mirada terrible y conoció toda la energía que abrigaba el alma del hombre á quien tenía por anciano.

— ¡Qué loco soy! dijo riéndose. ¿Qué me importa á mí saber quién es ella? ¿No es la misma que ha visto el duque de Anjou?

— Ciertamente.

— ¿Y la que, según sus órdenes, debo acompañar al castillo de Thierry?

— Sin duda.

— Pues bien, eso es lo único que necesito saber; yo no estoy enamorado de ella, sino monseñor, y con tal que no tratéis de escaparos...

— ¿Os parece que tenemos esa intención? dijo Remigio.

— No.

— Tan lejos estamos de abrigar esa intención, que aun cuando no estuviésemos aquí, continuaríamos nuestro camino para el castillo de Thierry; si el duque desea vernos, nosotros también deseamos verle.

— En ese caso, dijo Aurilly, no hay más que desear.

Y como si hubiese querido asegurarse de que Remigio y su compañera deseaban efectivamente no variar de camino, añadió, señalando una especie de hospedería que había en el camino:

— ¿Querrá vuestra ama detenerse aquí algunos instantes?

— Ya sabéis, le dijo Remigio, que mi ama sólo se detiene en las poblaciones.

— En efecto, así ha sucedido, repuso Aurilly, pero no había fijado mi atención en esa circunstancia.

— Pues ya lo sabéis, amigo.

— Enhorabuena: yo, que no he hecho voto alguno, voy á detenerme un instante; continuad vuestro camino, pues yo os alcanzaré.

Y Aurilly, después de indicar el camino á Remigio, se apeó y se aproximó al huésped, que salió á recibirle con las mayores muestras de cordialidad, como si de antemano le conociera.

Remigio alcanzó á Diana, y ésta le preguntó:

— ¿Qué os ha dicho?

— Me ha manifestado su deseo acostumbrado.

— ¿El de verme?

— Sí.

— Diana se sonrió.

— Mirad, señora, dijo Remigio, que está furioso.

— Pues no me verá, no quiero, y esto es decirte que no lo conseguirá.

— Pero cuando estéis en el castillo de Thierry, ¿no será preciso que os vea con la cara descubierta?

— ¿Que importa entonces si el descubrimiento llega demasiado tarde para ellos? Además, su amo no me ha reconocido.

— Sí, pero el criado os reconocerá.

— Ya ves que hasta ahora ni mi voz, ni el aire de mi cuerpo han llamado su atención.

— No importa, señora, contestó Remigio; todos esos misterios que existen hace ocho días para Aurilly no habían existido para el príncipe, ni excitado su curiosidad, ni despertado sus recuerdos, al paso que de ocho días á esta parte Aurilly busca, calcula, conjetura. Vuestra vista despertará completamente su memoria, demasiado alarmada ya, y os reconocerá, si no os ha reconocido.

En aquel momento fueron interrumpidos por Aurilly, el cual había tomado un atajo, y habiéndolos seguido sin perderlos de vista, se apareció de repente creyendo atrapar algunas palabras de su conversación.

El repentino silencio con que fué acogida su llegada le probó de una manera evidente que estorbaba, y por lo tanto se contentó con seguirlos á retaguardia, como hacía algunas veces.

Desde aquel momento tomó Aurilly su partido. Como había dicho muy bien Remigio, desconfiaba realmente de alguna cosa, pero desconfiaba sólo por instinto, pues vacilando su espíritu de conjetura en conjetura, ni un instante se había fijado en la realidad, no pudiendo explicarse á sí mismo por qué le ocultaban con tanto tesón aquel rostro que debía ver tarde ó temprano.

Para llevar mejor á cabo su proyecto, fingió haber renunciado á él completamente desde aquel momento, mostrándose el compañero más franco y alegre del mundo durante toda la jornada, cambio notable que no dejó de causar cierta inquietud á Remigio. Llegaron á una ciudad y se acostaron, según costumbre.

Al día siguiente, bajo pretexto de que la jornada era larga, se pusieron en camino al amanecer.

Á las doce del día fué preciso hacer alto para que descansaran los caballos.

Á las dos de la tarde volvieron á ponerse en camino, y siguieron marchando hasta las cuatro, á cuya hora, descubrieron á lo lejos un gran bosque el de la Fére, el cual presentaba ese aspecto sombrío y misterioso de los bosques del Norte de Francia; pero este aspecto, tan imponente para los habitantes del Mediodía, que ante todas cosas necesitan la luz del día y el calor del sol, ningún efecto causaba en el ánimo de Remigio y de Diana, habituados á los intrincados bosques del Anjou y de la Soloña.

Dirigiéronse ambos una mirada como si ambos hubiesen comprendido que allí era donde les esperaba ese acontecimiento que desde el momento de su partida amenazaba sus cabezas.

Como á las seis de la tarde entraron en el bosque, y al cabo de media hora de marcha llegó el sol á su ocaso.

Un viento furioso arrancaba y llevaba las hojas hasta un estanque inmenso, perdido entre la espesura de los árboles, como otro mar Muerto, y que costea el camino que se extendía delante de los viajeros.

Hacia dos horas que la lluvia caía á torrentes encharcando el terreno arcilloso por donde caminaban; pero como Diana tenía demasiada confianza en su caballo, y como por otra parte se cuidaba muy poco de su propia seguridad, lo dejaba andar sin sostenerlo. Aurilly marchaba á la derecha y Remigio á la

izquierda, éste por la mitad del camino y aquél por la orilla del estanque.

Ninguna criatura humana aparecía bajo las sombras de verdura y en la larga extensión que se alcanzaba á ver del camino; hubiérase dicho que el bosque era una de esas selvas encantadas, á cuya sombra nada puede vivir, á no oírse de vez en cuando los roneos aullidos de los lobos, á los cuales despertaba la proximidad de la noche. De repente sintió Diana que la silla de su caballo, la cual acostumbraba á poner siempre Aurilly, se meneaba y caía hacia un lado; llamó á Remigio, éste se apeó y se puso á apretar las correas.

Aprovechando Aurilly este momento de distracción, se acercó á Diana y cortó con su puñal la presilla de seda que sujetaba la careta, y antes que aquélla hubiese tenido tiempo de llevar la mano á la cara, le arrancó la máscara, encontrándose entonces terribles é iracundas las miradas de aquellas dos criaturas, sin que fuera fácil conocer cuál de las dos estaba más pálida y amenazadora.

Un sudor frío baña la frente de Aurilly, deja caer la máscara y el puñal, y juntando las dos manos con desesperación, exclamó :

— ¡Cielos! ¡La dama de Monsoreau!

— Nombre que no volverás á repetir... dijo Remigio cogiendo á Aurilly por la cintura y arrancándolo de su caballo.

Ambos rodaron por el suelo.

Aurilly alargó la mano para coger su puñal; pero al observar Remigio este movimiento, le dijo apoyando una rodilla sobre su pecho :

— No, Aurilly, no; no pasarás de aquí.

Y desgarróse el último velo que parecía extendido sobre la memoria de Aurilly.

— ¡El Atrevido! exclamó. ¡Estoy muerto!

— Todavía no es verdad, dijo Remigio poniendo su mano izquierda sobre la boca del miserable que forcejeaba debajo de él; pero no tardarás mucho.

Y con su mano derecha desenvainó su cuchillo.

— Ahora, Aurilly, tienes razón, dijo : ahora sí estás bien muerto.

Y el acero desapareció en la garganta del músico, que lanzó un ronquido inarticulado.

Diana, atónita, medio vuelta sobre su silla, apoyada en el arzón, trémula, pero implacable, no había apartado la vista de aquel terrible espectáculo; sin embargo, cuando vió brotar la sangre á lo largo del puñal, se echó hacia atrás y cayó de su caballo, tiesa como si estuviese muerta.

Remigio no se cuidó de ella en aquel terrible momento, registró á Aurilly, le quitó los dos cartuchos de oro, después ató una piedra al cuello del cadáver, y lo arrojó en el estanque.

La lluvia continuaba cayendo á torrentes.

— ¡Borra, oh Dios mío, dijo, borra la huella de tu justicia, porque aun quedan otros culpables que castigar!

En seguida se lavó las manos en el agua sombría y dormida, cogió en sus brazos á Diana, todavía desmayada, la puso sobre su caballo, y montó después en el suyo, sosteniendo á su compañera.

El caballo de Aurilly, asustado por los aullidos de los lobos, que se aproximaban como si los hubiera

llamado aquella escena, desapareció entre la espesura del bosque.

Cuando Diana volvió en sí, ambos viajeros, sin dirigirse una sola palabra, continuaron su camino hacia el castillo de Thierry.

CAPÍTULO XIX

El rey Enrique III no tiene á bien convidar á almorzar á Crillon, y Chicot se convida á si mismo.

En la mañana siguiente al día en que ocurrieron los sucesos del bosque de la Fère, de los cuales hemos dado cuenta á nuestros lectores en el capítulo precedente, el rey de Francia salía del baño, y su ayuda de cámara, después de cubrirlo con una manta de finísima tela y de haber enjugado su cuerpo con dos magníficas toallas de Persia, abandonó el puesto á los peluqueros y perfumistas, los cuales lo cedieron á los cortesanos.

Luego que éstos salieron á su vez de la real cámara, el rey Enrique mandó llamar á su mayordomo, al cual dijo que sentía algún apetito, y que por lo tanto quería tomar alguna cosa más confortable que la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO